

CAPITULO III.

¿Tornarás caballero?
Será baron, ó señor,
Smith, por solo el primor
Propio del primer armero?
¿Será por buen guerrero?
VERSTEGAN.

Impelido de varios y encontrados afectos, latía el corazón del armero; pero con tal fuerza que golpeaba, en el peripunte que le cubría, como si quisiera salir á que le viesen. Levantóse pues Smith, y volviendo á un lado la cabeza, para ocultar del viejo guantero lo tras-

tornado de su rostro, le alargó la mano en acción de despedirse.

— Ahorcado muera yo, exclamó Simon, dándole una palmada en la mano que le presentaba, si me despido de tí tan pronto. — No esperes te dé la mano, sino dentro de una hora, á lo mas pronto. Espera un poco, hijo mio, y te explicaré todo esto. Seria cosa de ver, por cierto, que cuatro gotas de sangre de un arañó y algunos disparates de una muchacha exaltada, bastaran á que se fuesen el padre por un lado y el hijo por otro, y esto á la primera vez que se vuelven á ver juntos, habiendo estado tanto tiempo separados. No te vayas tan pronto, si quieres merecer la bendicion de tu padre y la de san Valentin cuya fiesta es mañana.

Llamó luego el guantero en alta voz á Dorotea, quien despues de subir y bajar algunos escalones, al son del tintineo que hacía un manojo de llaves colgadas de la cinta del delantal, trajo tres grandes copas de cristal verde, tenidas entonces por una curiosidad rara, y preciosa, al tiempo mismo, que Simon puso encima de la mesa un frasco muy grande, por

lo menos de dos azumbres de las de nuestro siglo degenerado.

— Aquí hay un vino otro tanto mas viejo que yo, Enrique, dijo él. Fué un regalo que hizo á mi padre el viejo Crabbe, célebre ingeniero flamenco, el defensor excelso de la ciudad de Perth durante la memoria de David II. Nos aprovechamos muy bien de la guerra los guanteros, á pesar de no tener tantas relaciones con ella como vosotros, pues trabajais el hierro y el acero. Mi padre supo ganar la voluntad de Crabbe, y el motivo le sabrás otro dia, y cuanto han estado enterrados estos y otros frascos para defenderlos de los salteadores ingleses. ¡Por ahora, voy á soplarle esta copa á la salud del alma de mi respetable padre y al perdon de sus pecados! — Echa tú, Dorotea, el mismo brindis, y despues te subirás á tu desvan, porque conozco se te aguzan las orejas; pero lo que debo hablar solo debe oirlo mi hijo adoptivo.

Dorotea, sin aventurarse á responder, apuro su copa de vino, al momento fué derecha á meterse en la cama, dejando solos á los dos buenos amigos.

— Siento en el alma, mi amigo Enrique, dijo Simon, llenando su copa y la del huesped, haya estado Catalina contigo de un humor tan tétrico; pero me parece que tú tambien tienes en algun modo la culpa. ¿Por qué te presentas aqui con espada y puñal, si sabes ya su ojeriza decidida contra las armas, de modo que no puede ni aun verlas? ¿No te acuerdas de la disputa que tuviste un día con ella, antes de tu partida, porque lejos de vestirse como un paisano honrado y pacífico, gustas de ir siempre armado como esos tunos de valentones al servicio de los nobles? Ciertamente ya llegó el tiempo de que un paisano tranquilo deje las armas, y no las tome hasta oír la campana grande tocar á la guerra.

— No es culpa mia, padre Simon, respondió Enrique. Apenas me hube apeado del caballo, vine aqui, para dar á vm. parte de mi vuelta, pensando tambien pedirle permiso, para ser este año el Valentin de miss Catalina; mas habiéndome dicho mistress Dorotea estaban todos en la iglesia, fui allá, lo primero con el intento de asistir con vms. á los divinos oficios, y lo segundo (Nuestra Señora y san Va-

lentin me lo perdonen), con el deseo de mirar y remirar á la que ya me tiene olvidado. Al tiempo que vm. y Catalina entraban en la iglesia, fijé la vista en tres hombres, á mi parecer sospechosos, que hablaban y miraban á vm. y á Catalina; entre ellos pude conocer á sir John Ramorny aunque disfrazado, por cubrirse un ojo con parte del birrete de terciopelo, y porque llevaba una capa como la de un lacayo. Como yo pensé que vm. era ya un poco anciano, y viendo á ese aturdido montañés muy joven para batirse en caso de urgencia, pensé haria bien poniéndome á retaguardia y siguiendo tras vms., cuando volvieran á casa, no dudando que estos trebejos podrian contener al que se atreviese á insultar á unas gentes para mí tan apreciables. Vm. sabe muy bien su empeño en conocerme y en haberme hecho entrar, quieras ó no quieras; porque sin este incidente, no me hubiera yo presentado delante de su hija, sino con mi perpunte nuevo de última moda, que me mandé hacer en Berwick, y no hubiera yo puesto á su vista estas armas que tanto la incomodan; y aunque para

decir verdad, hay muchos que ya por uno, ya por otro me tienen tan mala voluntad, que no debo salir de noche, sea por lo que fuere, sin armas.

— Esto es lo que no sabe ni piensa la tonta de mi hija; ni tiene bastante talento para persuadirse de que cada uno en nuestra amada Escocia, cree tener el derecho y privilegio de hacerse á sí propio justicia; pero, hijo mio, tú haces mal de tomar tan á pechos lo que ella te dice; y yo no sé porque tú tienes la lengua tan suelta delante de otras mozas, y enmudeces cuando ella te habla.

— Porque Catalina es una cosa muy distinta de todas las demas, padre Glover; porque no solo es la mas hermosa, sino la mas honesta y virtuosa, la mas instruida, la mas imponente, y santa; y que parece formada de otro diferente barro que nosotros. Yo me atrevo á levantar la cabeza en presencia de las otras muchachas, cuando bailamos al rededor del mayo; pero si me hallo cerca de Catalina, no me parezco á mi mismo, sino un ser terrestre, grosero, feroz, apenas digno de mirarla, y aun

mucho menos, capaz de replicar, cuando me intima sus órdenes.

— Tú eres un chalan poco avisado pues elogias lo que tienes gana de comprar. Catalina es una buena muchacha, yo soy su padre; pero si tú la llenas de amor propio por tu timidez y adulacion, ni tú ni yo lograremos nuestro intento.

— En esto pienso yo muchas veces, mi querido padre, porque reconozco cuan poco digno soy de Catalina.

— Vaya, vaya, párate ahora en una bagatela; ó por mejor decir párate en Catalina y en mí, amigo mio, exclamó entonces el guantero. Párate en que la pobre chica se ve sitiada desde la mañana hasta la noche: y por qué clase de personas, aun estando las puertas y ventanas á piedra y lodo. — Hoy mismo, sin ir mas lejos, nos hemos encontrado con un galan, que no se le puede nombrar por tan poderoso, — sí; él no ha procurado disimular su despecho, viendo no quise permitir requebrase á mi hija en la iglesia y aun durante los oficios. Hay otros tambien, que no son mas juiciosos que

él; y por cierto me alegrara algunas veces no fuese tan linda, si con eso no se ganaba una tan peligrosa admiracion, ó que fuese algo menos santa, y se decidiera por ello á ser la muger legitima y dichosa del valiente Enrique Smith, que sabria protegerla contra toda la caballeria de la corte de Escocia.

— Y si yo faltase á ello, dijo Enrique, presentando un brazazo y una manaza como de un gigante, que no deje yo caer jamás el macho en el yunque. Si, si: como las cosas llegaran á tal punto, ya se daria por convencida mi bella Catalina de que no es tan malo el saber un hombre defenderse. Pero yo me figuro tiene ella la idea de que el mundo es una catedral muy grande, y que cada uno de los vivientes debe tener tal recogimiento y moderacion, como si oyera una misa eterna.

— Lo cierto es que ella tiene una especie de ascendiente sobre cuantos la tratan de cerca: ese joven montañés, ese Conachar, que ya embaraza mi casa tres años ha, con todo el caracter nacional que has notado en él; pues, ese mismo, á la menor insinuacion de Catalina

obedece, y nadie sino ella le hace parecer docil; ella trabaja lo posible por hacerle perder los hábitos de la montaña.

Parecia no hallarse Smith muy á gusto en la silla, tomó la botella en la mano y volviendo á ponerla en la mesa, dijo: — ¡ Con mil demonios el perro montañés y toda su casta! — ¡ Qué necesidad tiene Catalina de desasnar á semejante cámuero? Sucederá lo que á mi lobito que se me metió en la cabeza domesticar como si fuera un perro, y cuando todos y yo le creiamos ya docil y manso, cuando le llevé conmigo á paseo por la montaña de Monerieff, se arrojó como un rayo al rebaño del laird, é hizo en él tal destrozo, que si el laird no hubiera tenido necesidad por entonces de una armadura, me hubiera costado mas caro que aceite de aparcio. Y yo no puedo menos de admirarme, padre Glover, tenga vm. en su casa ese montañés. Vm. que tiene tanto juicio, tener aqui un joven que da tan buenas esperanzas que... ande vm., yo respondo si con el tiempo... tan cerca de Catalina, como si nadie hubiera mas que vuestra hija que pudiera ser su pedagogo.

— Aprieta hijo, aprieta: ya rabias de celos por un pobre diablo, que no está en casa, para decirte la verdad, sino porque no estaria tan bien al otro lado de la montaña.

— Yo sé lo que digo, padre Simon, repuso el armero, y si no temiera incomodar á vm., prosiguió como quien no tenia mas vastas ideas que las de los ciudadanos sus contemporaneos, le diria se familiariza mucho con estos entes habitantes de la montaña.

— Ya ves, que yo debo hacerme con las gamuzas, las cabritillas, mi amigo Enrique, y con ellos todo lo compro barato.

— Todavía ganan mucho, porque todo lo que venden es hurtado.

— Muy bien, muy bien; sea como fuere, á mí no me tocá saber de donde les vino el animal, si yo puedo comprarles la piel. Mas como te decia, hay ciertas consideraciones que me obligan á darme por contento en servir al padre de este joven, teniéndole conmigo. Por otra parte no es mas que semi-montañés, y no tiene el genio enteramente indómito; sobre todo, yo no le vi jamas tan furioso como esta noche.

— No podia vm. haberle visto mas, como no hubiera muerto á su hombre, dijo Smith en un tono seco.

— Si con todo, así lo quieres, Enrique, me desentenderé de todo miramiento, y mañana enviaré yo al pilló, donde guste buscar su fortuna.

— Vm. debe persuadirse, padre Simon, que Enrique Gow tiene tanto cuidado de ese gatillo montés, como de un carboncillo de su fragua. Le aseguro á vm. no me incomodara mucho aunque viera entrar todo su clan de tropel en nuestra ciudad por Shoegate, diciendo á voz en grito *Slogan** y tocando la zampoña; yo hallaria bien pronto cincuenta hojas bien templadas y otros tantos broqueles, que harian partir á estos salteadores mas ligeros que vinieron; y para decir á vm. lo que siento, no me gusta ver á este tacaño tan cerca de Catalina, por mas que parezca me explico muy á lo necio. Debe vm. considerar, padre Glover, que le es preciso tener los ojos y las manos ocupadas,

* Grito de guerra de los montañeses.

si ha de trabajar vm. bien segun su oficio, y esto, aun quando él tambien trabaja, lo que no le sucede al holgazan muchas veces.

— No hay duda en eso, él corta guantes solo para la mano derecha, y jamás ha podido sacar el par completo.

— Cuando corta la piel, piensa en todo, menos en lo que hace, y Dios sabe qué será en lo que piense, dijo Enrique secamente, pero disimule vm. le diga, padre Glover, que, trabaje ó no trabaje, ya se deja ver muy bien no tiene este muchacho la vista torcida, ni las manos quemadas del hierro hecho ascua, y encallecidas á fuerza de martillar, ni los cabellos mugrientos con el humo, y chamuscados en la fragua cual si fuera piel del tejón, tan distante de parecer cabellera capaz de llevar sombrero fino adornado de plumas, todo lo que por desgracia tengo yo: Catalina no puede menos de notar esta diferencia entre nosotros dos, y esta diferencia nunca puede serme ventajosa, por mas que me conste es una moza tan buena como la mejor que se haya visto, y aunque yo sostengo es la mas excelente de Perth.

— A tu salud, con alma y vida, hijo mio Enrique, dijo el viejo, llenando las dos copas. Ya veo, que si como buen armero trabajas en hierro, no sabes de qué metal están forjadas las mugeres. Enrique, debes ser un poco mas atrevido; y cuidado que te portes, no como al que conducen al suplicio, sino alegre, despejado, y á lo joven que sabe darse todo el valor que tiene, y no debe ni puede sufrir el desprecio de ninguna de las nietas de Eva, mas que sea la mas estirada. Catalina es una muger ni mas ni menos como su madre, y tú estás muy engañado, pensando que todas las mugeres se prendan de lo muy grato á la vista: tambien se les debe agradar por los oidos, ¡ amigo mio! Es muy necesario sepa una muger, que el hombre, á quien ella da la preferencia, es mozo de resolucion, decidido, y capaz de llevarse tras de si todas las atenciones de las otras mozas, aun cuando no le guste las exija él, ni las busque sino de ella sola. Cree lo que te dice un viejo, las mugeres acostumbran decidirse mas bien por el parecer de las otras, que por el suyo propio. Que pregunte Catalina ¿ cuál es el

hombre mas resuelto de Perth? y ellas le responderán, Smith. ¿Cuál el mejor armero que forja un arma en el yunque? le dirán, Enrique Gow. ¿Quién el que danza mas arreglado alrededor del mayo? el famoso Smith. ¿Cuál el mejor cantor de balatas? Gow. ¿Y el mejor espadachin, que sabe manejar con destreza la espada, la daga, y el escudó; aquel rey del palo, que le juega por ambos extremos; el mas perfecto en domar potros y montar á caballo, por último, el que ha sabido hacer entrar en su deber al montañés salvaje? todas contestarán que aun eres tú,... siempre tú,... y solo tú...; ¡Puedes tú, despues de todo esto, ni consentir el pensamiento de que prefiera Catalina donde tú estás, á este montañesillo! ¡Caramba! mas facil le seria forjar un guante de acero con una cabritilla. Debo decirte de Conachar, que nada tiene mi hija con él sino el buen deseo de sacarle de entre las uñas del diablo que le mira, y con él á todos los montañeses como cosa propia. ¡Pobre muchacha! Dios la bendiga. Tales son sus buenas intenciones, que haria todo lo posible por que todos las tuvieran.

— Y yo respondo sobre que no lo conseguirá jamas, respondió Smith, quien, como puede haber advertido el lector, no estaba muy en favor de los montañeses, yo apostaré contra Catalina y á favor del diablo, á quien yo deberia conocer algun tanto, pues que ambos trabajamos en un mismo elemento. Si, si, el diablo cargará por fin de fiesta con el tartan*.

— Grandemente; pero, tú no sabes que Catalina tiene un sustituto en su oficio de catequista del joven saltador, y que tú no le conoces. El padre Clemente; si señor, el padre Clemente ha emprendido contra el diablo, porque tiene tanto miedo á un centenar de diablos como yo á una manada de gansos.

— ¡El padre Clemente! vm. cada dia hace un santo nuevo en la buena ciudad de Saint-Johnstown. ¿Y quién es ese desencantador de diablos? ¿Es alguno de los tales ermitaños, que aprende á hacer milagros, como á luchar un atleta; preparándose por ayunos y penitencias? ¿No es esto?

* Género con que hacen los montañeses sus capas que llaman *plaid*s. (N. D. T.)

— De ningun modo. La mayor de las maravillas está en que el padre Clemente come y bebe, obra como todos los demas, observando exactamente los mandamientos de la iglesia.

— ¡ Ah! sí, ya lo entiendo; es un clérigo muy jovial, que piensa mas en vivir alegremente, que en vivir bien; que se cuela un cántaro de vino el martes de carnestolendas, para tener fuerzas el miércoles de ceniza, en que comienzan los ayunos, y poder así hacer frente á la cuaresma con un buen *in principio*, y que confiesa las muchachas mas bonitas de la ciudad.

— Todavía no vas bien, Smith. Sábeta que ni mi hija ni yo, saludariamos de cien leguas á un hipócrita traspasado del ayuno, ú bien repleto; y el padre Clemente no es de tal clase.

— Pero, vamos, por Dios. ¿ Quiénes ?

— Un hombre de mas valor que la mitad de los frailes de Saint-Johnstown á la vez, ó que es mas malo, que el peor de todos ellos, y que es vergonzoso consentirle vivir en el pais.

— Me parece, que debe ser facil decir si es lo uno ú lo otro.

— Conténtate con saber, que si juzgas al padre Clemente por lo que le veas hacer, y oigas decir, le mirarás como el mejor y mas benéfico del mundo entero; porque sabe consolar al afligido, dar un buen consejo al que se halla en un apuro; es el conductor mas seguro para el rico, el amigo mas celoso del pobre. Pero si haces caso de lo que dicen de él los Dominicos, ¡ Dios nos asista! — El guantero se persignó al decir esto. — Es un infame, un herege, que debia pasar por las llamas en este mundo, para precipitarse á las inextinguibles del infierno.

— El armero se santiguó tambien y exclamó: — ¡ Santa María! ¿ Y vm. padre Simon, vm. hombre tan prudente y circunspecto, que ha merecido le llamen el Prudente Gvantero de Perth, consiente sea director de su hija un hombre que es... ¡ Válgame todos los santos!.... de quien se sospecha estar coligado con el mismo espíritu maligno? ¡ Qué! ¿ no fué este un clérigo, que llamó al diablo en el Meal-Ven-

nel*, cuando derribó el uracan la casa de Hodge Jackson? ¿Y no es cierto que cuando se llevó el puente se apareció el diablo en el Tay, vestido de clérigo, nadando como un pez.

— Yo no sé si eso es ó no verdad; lo que te puedo asegurar es que no lo he visto; y de Catalina no hay que decir tenga por director al padre Clemente, pues que su confesor es el padre Francisco, fraile de Santo-Domingo, quien hoy mismo la confesó. Pero como las mugeres son caprichosas, ne hay duda en que ella consulta mas de lo que yo quisiera con el padre Clemente: y además habiéndole hablado yo varias veces, me ha parecido tan bueno y virtuoso, que de buena gana le hubiera confiado la salud de mi alma. Corren malas voces en cuanto á él entre los Dominicos; esto es muy cierto. Pero ¿qué tenemos que hacer con todos estos negocios, nosotros los legos, hijo mio? Paguemos á la santa madre la Iglesia lo que se le debe; demos limosna,

* En las cercanías de Perth.

confiesémonos, cumplamos las penitencias que nos dieren, y los santos nos sacarán del apuro.

— Sin duda, y que tengan misericordia del golpe fatal, que un hombre puede dar á su contrario batiéndose, y cuando le mira delante, puesto en guardia para defenderse, lo cual es la única profesion de fe, con que se puede vivir en Escocia; y piense su hija de vm. lo que mejor le parezca en la materia. ¡Vive Dios! sí; el hombre debe saber bien la esgrima, ó su vida viene á ser un vale cuyo corto término está para cumplirse, y mas en una tierra, donde tanto menudean los golpes. Cien libras me han hecho salir como un hombre de bien en un lance, que me sucedió acaso con el hombre mas de bien del mundo.

— Acabemos pues con nuestro frasco; porque la campana de los Dominicos acaba de dar las doce. Escucha, hijo mio Enrique, procura estar al amanecer en frente de la ventana de esta casa, que da al levante, y adviérteme de tu llegada silbando bajito como se reclaman los

armeros. Yo haré de modo que Catalina se asome á la tal ventana, y tu tendrás por este medio todo este año los derechos y privilegios de su Valentin. Si no sabes llevar á cabo este proyecto, deberé creer que si la naturaleza te dió la piel del leon, te puso al mismo tiempo las orejizas anchas y largas del borrico.

— Amen, padre mio, respondió el armero; que vm. pase buena noche, y que Dios eche sus bendiciones sobre el techo de su casa, y sobre cuantos vivientes él cobija. Vm. oirá silbar á lo armero, y al canto primero del gallo; tenga vm. por cierto, que yo avergonzaré por su pereza en madrugar al señor Cantaclaro*.

En esto se despidió del guantero y aunque no conocia el miedo, siempre atravesó las calles un poco cuidadoso, y prevenido, hasta que llegó á su casa, situada en el parage lla-

* Apodo que se daba al gallo en las poesías antiguas inglesas.
(N. D. T.)

mado Mill Wynd*, al extremo occidental de Perth.

* *Callejon del Molino*: Wynd es la palabra escocesa que corresponde á la inglesa *lane* ó *alley*. Por el lugar donde vivia, tenia Enrique en las crónicas el nombre de *Henry of the Wynd*, Enrique del Callejon, ó por abreviar, Enrique Wynd.